

Javier Ruescas

EL DÍA
QUE TE
OLVIDE

CONTRALUZ



JAVIER
RUESCAS

El día que te olvide

CONTRALUZ



Primera edición: mayo 2025

Diseño de cubierta: Compañía

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Javier Ruescas, 2025

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2025

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.com

ISBN: 978-84-19822-73-4

Depósito legal: M. 4995-2025

Printed in Spain

*A mis padres, Maribel y Manolo,
por enseñarme a querer y a confiar
en que todo lo que me propongo es posible.*

*A Andrés,
por ser mi memoria y
por estar presente en mis mejores recuerdos.*

*A quienes, a pesar de recordar,
tienen la valentía de perdonar.*

«Puedes borrar a alguien de tu mente,
pero sacarla de tu corazón es otra cosa».

Olídate de mí
MICHEL GONDRY, 2004

Prólogo

Según la mitología griega, existe un río con la capacidad de hacer olvidar. De él beben las almas al llegar al inframundo para borrar los recuerdos de su vida pasada. Se lo conoce como Leteo. Hay quienes lo evitan y hay quienes lo buscan con desesperación.

A Ada Lovelace le hubiera gustado ser tan valiente como los primeros, pero conoce demasiado bien el dolor y la culpa de los segundos.

Ella aún no lo sabe, pero, cuando termine la noche, nada será igual. Lo único en lo que piensa es en que este concierto, además de ser el primero después de meses, será diferente a todos los anteriores, y todo por culpa de algo que ha recibido en su hotel hace unas horas: la confirmación de que todo salió como debía, tal y como ella jamás habría querido que sucediera.

En el estadio, el público espera impaciente. Se escuchan vítores, aplausos, gritos que dibujan olas por las gradas... El aire está cargado de una energía electrizante que bombea al ritmo de setenta mil corazones. Es una sensación que no ha olvidado y que la hace sentir viva.

Bajo el escenario, Ada respira hondo mientras su equipo realiza las últimas comprobaciones: pelo, maquillaje, vestuario, micrófono, petaca, *in-ears*.

Le cuesta creer que, a pesar de todo, haya podido con ello, pero ahí está. Sí, ha tenido que hacer cambios en el *show* y una parte de su mente se encuentra aún en el camerino, pero se obliga a tranquilizarse.

Producción avisa: tres minutos.

El movimiento de manos a su alrededor se acelera y ella se deja hacer, concentrada. Se le ha olvidado la última noche que descansó de un tirón, aunque espera que la adrenalina la empuje durante las próximas dos horas. En las entrevistas solía decir que no se pone nerviosa antes de cada concierto. Es mentira. Y más ahora. Pero a quién le importa la verdad cuando ofreces un buen espectáculo.

Y otra cosa no, pero Ada Lovelace *es* un buen espectáculo.

Un minuto.

Las manos se alejan de ella como si hubieran sufrido una descarga entre susurros que le desean suerte, que todo salga bien, que sea un éxito. Lo va a ser. No le cabe la menor duda. Se va a marchar, pero lo hará por todo lo alto. Así es como lo hace todo.

Oculto en su cintura lleva el frasquito de cristal del que nunca se separa. Su amuleto de la suerte, les ha explicado a todos.

Desde arriba, le llega el eco de los gritos, que se vuelven bramidos cuando el resto de la banda sale al escenario. Cerca tiene un monitor en blanco y negro en el que se emite lo que está sucediendo en el exterior. La música comienza a sonar y a sus *in-ears*, junto con la melodía de inicio, llegan las indicaciones. Diez segundos. Respira. Le gusta esta sensación de calma antes del caos controlado. Cinco. La plataforma comienza a subir. La trampilla se abre y el aullido del público se vuelve ensordecedor. Lo recibe con los ojos cerrados sabiendo que será la última vez.

Ada alza las manos como si buscara empaparse de toda la devoción, el cariño, la pasión desmedida que emana de toda esa gente. Ha aparecido en mitad del escenario principal y, cuando el humo se disipa, los gritos se acrecientan. Las cámaras están pendientes de ella. De cada gesto, cada movimiento, cada respiración. Por eso pidió que se grabara para la posteridad este concierto y no otro. Cuando falte el recuerdo, que quede la prueba de que una vez estuvo aquí.

La introducción de la orquesta sigue sonando. Ella cierra los ojos para olvidar las palabras que se le agolpan en la mente y que poco tienen que ver con sus canciones. Le ha pasado por la cabeza cancelar el *show*, escuchar a quienes le avisaron de que aún era pronto, que podía postergarlo, pero sabe que no. Que ni puede, ni, en el fondo, quiere. Al contrario: añadirá una canción más; solo una. Tendrá que hacer un esfuerzo para concentrarse, para no tratar de buscar, como cada noche, los ojos del hombre a quien más amó y más daño hizo nunca; al que le dedicará ese último tema. No puede permitirse continuar en silencio.

Ahora toca cantar.

Y eso hace, al tiempo que el público ruge y comienza a co-rear recuerdos que ella ya ha olvidado...

La primera vez que me advirtieron de que me olvidara de Ada Lovelace yo tenía doce años. Aún tardarían en llegar su salto a la fama, el incendio, las muertes y todas las veces que me partiría el corazón. Fue mi madre. Lo dijo una noche mientras nos servía la cena a mi hermana y a mí:

—Más os vale alejaros de esa niña y olvidaros de ella. No me gusta. Está visto que solo trae problemas...

Mi hermana, Paula, le hizo caso, pero yo no. No habría podido. Ni aun queriendo. Olvidarme de ella... Como si fuera tan fácil; como si fuera posible.

De acuerdo, *lo era*: fácil y posible. Pero yo aún no lo sabía.

Tardé en averiguar su nombre. Para mi madre era «esa niña», la que se acababa de mudar a la finca al otro lado de la carretera. La de las cien hectáreas que bordeaban la carretera comarcal por un lado y la casona de piedra que parecía más bien un castillo por el otro, y en la que, hasta entonces, solo habían vivido la anciana y su hija pelirroja. La que acababa de llegar debía de ser la segunda hija de la señora: el mismo pelo color fuego, las mismas mejillas cubiertas de pecas que la otra... y, por tanto, la niña que la acompañaba, una versión infantil de sí misma, solo podía ser la nieta. A esa conclusión llegó rápido todo el mundo.

Enseguida empezaron a llamarlas «el aquelarre». Yo nunca entendí la inquina de la gente hacia ellas. Lo bueno de ser callado por naturaleza era que los adultos se olvidaban de que yo andaba por allí y de que ya no era un niño, por lo que al final me acababa enterando de todo. Como, por ejemplo, de que la anciana, como sus hijas, siempre andaba de allá para acá, de que debía de estar un poco loca y de que nadie entendía de dónde sacaban el dinero para mantener esa casa y vivir tan cómodamente si ninguna trabajaba. O de que Ágata, la que llevaba viviendo con ella desde el principio, pasaba demasiado tiempo con hombres que no debía en los bares menos recomendables del pueblo, según contaba la del ultramarinos.

Ada y su madre llegaron un sábado por la tarde y, para el lunes, ya eran la comidilla principal en la red de secretos que conectaba el pueblo de punta a punta. Unos días más tarde, cruzaron la cancela de la finca varios camiones de los que fueron descargando muebles, cajas, baúles y hasta un piano de pared bajo la mirada curiosa de quienes vivíamos más cerca.

Esa fue la segunda vez que vi a Ada. Ayudaba a su madre a cargar cajas y a meterlas dentro de la casa con un empeño feroz para los brazos tan delgados que tenía. Las cuatro mujeres (me negaba a referirme a ellas como el aquelarre, aunque yo también me preguntaba si no serían brujas) me fascinaban sobremanera y ni siquiera entendía por qué.

Desde la ventana de mi habitación espiaba la casona al otro lado de la calzada por encima de las copas de los árboles y me preguntaba si estaría encantada. Tenía que estarlo. El Escorial era un pueblo repleto de leyendas y esa casa era demasiado vieja y demasiado siniestra como para no albergar, al menos, uno o dos fantasmas.

Un día le propuse a mi hermana acercarnos a la finca con las bicis. No le dije que desde mi ventana había visto a la niña salir temprano y que aún no había vuelto. Aguardamos hasta que no pasó ningún coche por la comarcal y corrimos hasta el otro lado de con nuestras bicis a cuestas. No avisamos a nadie. La cancela estaba abierta y una extensión infinita de caminos de arena, árboles y montículos de piedra se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Los primeros metros los recorrimos en silencio, esperando que en cualquier momento alguien nos ordenara volver, pero, cuando vimos que eso no iba a pasar, nos armamos de valor y empezamos a pedalear más y más deprisa. De pronto, lo único que me importaba era recorrer todos los caminos y levantar nubes de polvo con los derrapes. También pensaba, esto sin reconocérmelo, que, si mi nueva vecina me espiaba desde algún escondrijo, quería dejarla boquiabierta.

Pero ella estaba muy lejos de prestarme atención, como descubrí cuando nos la encontramos un rato más tarde entre las rocas, acuclillada frente a un montículo de hojarasca y ramas. Podríamos habernos presentado. Y si nos hubiera ordenado que nos marcháramos, tendríamos que haber obedecido. Era su finca; nosotros, unos intrusos. Pero supongo que así juegan los niños: sin necesidad de saber quién es el otro ni estar seguros de si volverán a verse para pasarlo bien.

Su pelo rojizo brillaba sobre su espalda, alborotado y sin peinar. Vestía unos vaqueros cortos y una camiseta blanca sin mangas que dejaba a la vista una piel morena que revelaba las horas que pasaba jugando al aire libre.

Paula fue quien le preguntó qué hacía. A sus diez años, era ya más valiente que yo.

—Fuego —respondió ella.

Habló sin tan siquiera girarse a ver quiénes éramos. Mi hermana y yo nos miramos antes de dejar las bicicletas apoyadas en los árboles colindantes y acercarnos al proyecto de fogata.

Ada frotaba con fuerza dos palos como habíamos visto hacer en los dibujos animados, pero después de varios minutos sin ningún resultado, suspiró y sacó un mechero del bolsillo del vaquero.

—Eso es trampa —le dijo mi hermana. A día de hoy, no he conocido aún a nadie que respete más las normas que ella.

Ada ignoró su comentario y nosotros nos agachamos para ver arder las primeras hojas y ramas. A esa edad, el fuego era aún algo prohibido, cosa de mayores. Lo podíamos observar desde el otro lado del cristal de la chimenea, devorando las brasas de la barbacoa o encendiendo los cigarrillos de papá. Por eso verlo ahí, en ese bosque, libre y sin supervisión de ningún adulto, me provocó un escalofrío de la nuca a los tobillos.

—Aquí hay una puerta al infierno —dijo de repente la niña con tono sombrío.

—¿Dónde? —pregunté yo.

—Aquí. En el bosque. En este y en otros. Por eso construyeron el monasterio.

—El monasterio era la casa de verano del rey —replicó mi hermana, aunque en sus ojos destelló el miedo.

—No, es un cerrojo para que los demonios no escapen. Con este fuego quiero invocarlos, a ver si vienen.

Al decir eso último sí que nos miró y dibujó una sonrisa traviesa. Mi hermana se pegó a mí, asustada, pero yo me quedé hechizado con sus ojos azules. Necesitaba saber más sobre esos demonios y ese infierno. Sin embargo, ella no añadió nada más, tan solo rio con suficiencia y volvió a azuzar con un palo las diminutas llamas.

Estábamos tan fascinados observando cómo las hojas y palos se retorcían y carbonizaban que ninguno advirtió al hombre

que acababa de aparecer por el camino hasta que lo tuvimos casi encima.

—Pero ¿qué hacéis?!

Nos levantamos de un brinco y yo me apresuré a apagar las pequeñas llamas con la zapatilla.

—¡Nada! —respondí, por impulso.

—¡Pirómanos! —gritó el vecino, viejo y con el gesto arrugado en una expresión de ira—. ¡Delincuentes! ¡Vais a provocar un incendio en todo el bosque!

Alzaba la cachaba con la que venía caminando y la agitaba en el aire con rabia, apuntándonos.

—¡Ya la hemos apagado! —le explicaba yo—. ¡La teníamos controlada!

—¡Voy a llamar a la Guardia Civil!

Quería gritarle que el bosque era de mi nueva amiga, pero no me salían las palabras. Tampoco sabía si era mi amiga aún. Me imaginé en el calabozo, apresado de por vida aunque el fuego no lo hubiera iniciado yo. Abrí la boca para intentar razonar con él cuando me di cuenta de que me había quedado solo.

—¡René!

Mi hermana ya se había montado en su bicicleta y de la otra niña no había ni rastro.

—¡Señor...! —insistí una última vez, pero cuando el hombre se agachó para agarrar un pedrusco y lanzármelo a la cabeza, opté por imitar a las chicas y huir de allí.

Salimos de la finca, cruzamos la carretera sin tan siquiera mirar si venían coches y no dejamos de pedalear hasta estar seguros en casa. Escondimos las bicicletas dentro del garaje y cerramos el portón. Paula y yo nos quedamos en la oscuridad con los corazones tamborileando en nuestros oídos y las camisetas empapadas de sudor.

—Nos la vamos a cargar —murmuró ella antes de esconderse en su habitación.

Me planteé seguirla, pero la curiosidad me pudo y decidí ir a mi cuarto, parapetarme tras las cortinas y espiar por la ventana. Así vi cómo, unos minutos más tarde, el coche de la Guardia Civil se personaba en la finca y dos agentes se bajaban para hablar con el anciano que los esperaba allí. Yo lo observaba todo aterrizado, como si alguien fuera a girarse en cualquier momento y a señalarme. Desde mi posición, contemplé a la madre de la niña salir de la casona de piedra y, tras unos minutos de conversación con la policía, llamar a su hija, que no tardó en aparecer.

El anciano se puso como un energúmeno y comenzó a señalar a los árboles como si fuera un guardabosques. Yo me agaché a tiempo, aunque siempre he tenido la sensación de que Ada, a pesar de la distancia, sí que me descubrió y no dijo nada. Para entonces, ya había vecinos de las casas colindantes asomados, curiosos.

Después de la esperada reprimenda, los guardias y el viejo entraron en el coche y desaparecieron por la carretera. En eso quedó todo. Ni un arresto, ni una multa. Nada. Aun así, desconfiado como he sido siempre, tardé un buen rato en salir de mi escondite. El teléfono, sin embargo, sonó una milésima de segundo después y, por supuesto, mi madre recibió de primera mano el chivatazo del que toda la urbanización hablaría durante los siguientes dos días. «La niña es una pirómana». «Han intentado quemar el bosque». Exageraciones que yo me moría por desmentir.

Fue esa noche cuando mi madre nos advirtió:

—Más os vale alejaros de esa niña y olvidaros de ella. No me gusta. Está visto que solo trae problemas...

Mi hermana agachó la cabeza y asintió. Con el tiempo, he comprendido que lo hizo por vergüenza: Ada no nos había delatado. El anciano sabía que había más niños con ella, pero

ella no dijo ni mu. Cargó con toda la culpa y yo creo que Paula no pudo soportarlo: era injusto, debería haber dicho algo. Había hecho trampas y, en lugar de confesar que ella también había estado en el campo, se calló y prefirió que no la volvieran a relacionar nunca más con nuestra peculiar vecina. A mí, por el contrario, el gesto de Ada me pareció lo más valiente que había visto en mi vida. Se había comportado como una heroína. Nadie había dado la cara por mí como lo había hecho ella, y sin conocerme siquiera.

Aún no lo sabía, pero me acababa de enamorar de Ada Lovelace.

Al día siguiente, me acerqué a la casona sin un plan seguro. Seguía sin saber su nombre. Quería conocerla un poco más, pero, sobre todo, quería que ella me conociera a mí, que supiera, si no lo sabía aún, que éramos vecinos, que solo nos separaba una carretera y que podía contar conmigo para incendiar el bosque entero si lo necesitaba.

Fue su madre quien abrió la puerta después de que yo llamara al timbre. Me preguntó quién era y a quién buscaba. Lo hizo con dulzura, aunque con cierto tono de desconfianza. Como no respondí de primeras, fue ella quien me dio la pista: —¿A Ada?

Esa fue la primera vez que oí su nombre. Yo asentí.

Aunque delgada, sus curvas se le marcaban bajo el bañador de dos piezas y de la bata de satén que apenas lo cubría. El cabello de la mujer tendía más al dorado que al burdeos. Su piel estaba tan bronceada como la de su hija y entre los dedos de la mano derecha sujetaba un cigarro recién encendido.

Yo le respondí con timidez. Que si podía salir a jugar.

Había oído a mi madre decirle a mi padre que «los suyos no podían ser naturales». Mi padre había asentido sin apartar los ojos del televisor y yo en ese momento no había sabido a

qué podían referirse, pero, cuando la tuve delante, se me disiparon las dudas.

Mi madre solo podía estar hablando de sus ojos.

Tenía razón, los de aquella señora no podían ser más extraños. Eran almendrados y grandes, de un marrón tan anodino como el de mi abuela o el de mi amigo Héctor. Sin embargo, lo que los hacía extraordinarios y *nada naturales* eran los ribetes plateados que decoraban sus iris. Eran hebras de un color brillante que resaltaban sobre el fondo y que se distribuían en ambos ojos de forma irregular, sin un patrón lógico, como venillas esparcidas después de una mala noche, solo que de color argento. Resultaban hipnóticos, bellos y aterradores. Sobrenaturales.

Pero nada de todo aquello podía tener más de natural. Allí estaba la madre de Ada siendo una madre más, apoyada en el dintel de la puerta, relajada, con un cigarrillo en la mano, preguntando al vecino de doce años que no conocía de nada que qué quería. Así que después de los primeros instantes de desconcierto, volví en mí y la oí decir:

—No está, ha salido.

—¿A dónde? —le pregunté.

—No tengo ni idea. Pero si la encuentras, dile que no llegue tarde a comer.

Y con las mismas, esbozó una sonrisa cansada y me cerró la puerta en las narices.

Otro podría haberse preguntado cómo era posible que una madre no supiera donde estaba su hija o por qué no me había ofrecido ni un vaso de agua o incluso si sabía que yo era el niño que había estado con Ada durante el incidente de la fogata, pero mi cabeza solo podía darle vueltas a las marcas de sus pupilas que tan bien aprendería a reconocer en otra mirada con el paso de los años.

**¿Puede sobrevivir el amor cuando el
olvido está al alcance de la mano?**